

do. E los omes de Martín López como lo veyeron mueritto é eran pocos enfrente de los de Ohando ovieron muy grant miedo é comenzaron todos á fugir.

E quando lo supo la mujer de Martín López, foé la triste al prado de Sant Ana, é quando vido el cuerpo de su marido sangriento y mutilado se afinó, prísole en sus brazos é comenzó á llorar maldiciendo la guerra é su mala fortuna. E esto pasaba en el año de Nuestro Senyor de mil quatrocientos y doce.»

Quando concluyó el señor Soraberri, miró á través de sus anteojos á sus dos oyentes. Martín no se había enterado de nada; Tellagorri dijo:

—Sí, esos Ohandos es gente *palsa*. Mucho ir á la iglesia, pero luego matan á traición.

Soraberri recomendó eficazmente á su amigo Tellagorri que no hiciera nunca juicios aventurados y temerarios y con este motivo comenzó á contar una historia, precisamente ocurrida en Oñate, pero al ir á especificar los que habían intervenido en su historia, se le olvidó la especie y lo sintió, verdaderamente lo sintió, porque, según dijo, tenía la seguridad de que el hecho era sumamente notable y sumamente interesante y además muy digno de mención.



CAPÍTULO VI

DE CÓMO LLEGARON UNOS TITIRITEROS
Y DE LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

UN día de mayo, al anoche-
cer, se presentaron en el
camino real tres carros ti-
rados por caballos flacos,
llenos de mataduras y de
esparavanes. Cruzaron la parte nueva
del pueblo y se detuvieron en lo alto del
prado de Santa Ana.

No podía Tellagorri, gaceta de la ta-
berna de Arcale, quedar sin saber en-
seguida de que se trataba, así que se
presentó al momento en el lugar segui-
do de Marqués.

Trabó inmediatamente conversación
con el jefe de la caravana, y después de
varias preguntas y respuestas y de de-
cir el hombre que era francés y doma-
dor de fieras, Tellagorri se lo llevó á la
taberna de Arcale.

Martín se enteró también de la llegada de los domadores con sus fieras enjauladas y á la mañana siguiente al levantarse, lo primero que hizo fué dirigirse al prado de Santa Ana.

Comenzaba á salir el sol cuando llegó al campamento del domador.

Uno de los carros era la casa de los saltimbanquis. Acababan de salir de dentro el domador, su mujer, un viejo, un chico y una chica. Sólo una niña de pocos meses quedó en la carreta-choza jugando con un perro.

El domador no ofrecía ese aire entre petulante y grotesco tan común á los acróbatas de barracas y gentes de feria; era sombrío, joven, con aspecto de gitano, el pelo negro y rizado, los ojos verdes, el bigote alargado en las puntas por una especie de patillas pequeñas y la expresión de maldad siniestra y repulsiva.

El viejo, la mujer y los chicos tenían sólo carácter de pobres, eran de esos tipos y figuras borrosas que el troquel de la miseria produce á millares.

El hombre, ayudado por el viejo y por el chico, trazó con una cuerda un círculo en la tierra, y en el centro plantó un palo grande de cuya punta partían varias cuerdas que se ataban en estacas clavadas fuertemente en el suelo.

El domador buscó á Tellaorri para

que le proporcionara una escalera; le indicó éste que había una en la taberna de Arcale, la sacaron de allí y con ella sujetaron las lonas hasta que formaron una tienda de campaña de forma cónica.

Los dos carros con jaulas en donde iban las fieras los colocaron dejando entre ellos un espacio que servía de puerta al circo, y encima y á los lados pusieron los saltimbanquis tres carteles pintarrajeados. Uno representaba varios perros lanzándose sobre un oso, el otro una lucha entre un león y un búfalo y el tercero unos indios atacando con lanzas á un tigre que les esperaba en la rama de un árbol como si fuera un jilguero.

Dieron los hombres la última mano al circo y el domingo, en el momento en que la gente salía de vísperas, se presentó el domador seguido del viejo, en la plaza de Urbia delante de la iglesia. Ante el pueblo congregado, el domador comenzó á soplar en un cuerno de caza y su ayudante redobló en el tambor.

Recorrieron los dos hombres las calles del barrio viejo y luego salieron fuera de puertas, y tomando por el puente, seguidos de una turba de chicos y chicas llegaron al prado de Santa Ana, se acercaron á la barraca y se detuvieron ante ella.

A la entrada la mujer tocaba el bom-

bo con la mano derecha y los platillos con la izquierda, y una chica desmeleada agitaba una campanilla. Uniéronse á estos sonidos discordantes las notas agudísimas del cuerno de caza y el redoble del tambor produciendo entre todo una algarabía insoportable.

Este ruido cesó á una señal imperiosa del domador que con su instrumento de viento en el brazo izquierdo se acercó á una escalera de mano próxima á la entrada, subió dos ó tres peldaños, tomó una varita y señalando las monstruosas figuras pintarrajeadas en los lienzos, dijo con voz enfática:

—Aquí verán ustedes los osos, los lobos, el león y otras terribles fieras. Verán ustedes la lucha del oso de los Pirineos con los perros que saltan sobre él y acaban por sujetarle. Este es el león del desierto cuyos rugidos espantan al más bravo de los cazadores. Sólo su voz pone espanto en el corazón más valiente... ¡Oíd!

El domador se detuvo un momento y se oyeron en el interior de la barraca terribles rugidos, y como contestándolos, el ladrar feroz de una docena de perros.

El público quedó aterrorizado.

—En el desierto...

El domador iba á seguir, pero viendo que el efecto de curiosidad en el público estaba conseguido y que la multitud

pretendía pasar sin tardanza al interior del circo, gritó:

—La entrada no cuesta más que un real. ¡Adelante, señores! ¡Adelante!

Y volvió á atacar con el cuerno de caza un aire marcial, mientras el viejo ayudante redoblaba en el tambor.

La mujer abrió la lona que cerraba la puerta y se puso á recoger los cuartos de los que iban pasando.

Martín presencié todas estas maniobras con una curiosidad creciente, hubiera dado cualquier cosa por entrar, pero no tenía dinero.

Buscó una rendija entre las lonas para ver algo, pero no la pudo encontrar; se tendió en el suelo y estaba así con la cara junto á la tierra cuando se le acercó la chica haraposa del domador que tocaba la campanilla á la puerta.

—Eh, tú ¿qué haces ahí?

—Mirar—dijo Martín.

—No se puede.

—¿Y por qué no se puede?

—Porque no. Sino quédate ahí, ya verás si te pesca mi amo.

—¿Y quién es tu amo?

—¿Quién ha de ser? El domador.

—¡Ah! ¿Pero tú eres de aquí?

—Sí.

—Y no sabes pasar?

—Si no dices á nadie nada ya te pasaré.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1928. MONTERREY, MEXICO

—Yo también te traeré cerezas.

—¿De dónde?

—Yo sé donde las hay.

—¿Cómo te llamas?

—Martín, ¿y tú?

—Yo, Linda.

—Así se llamaba la perra del médico
—dijo poco galantemente Martín.

Linda no protestó de la comparación; fué detrás de la entrada del circo, tiró de una lona, abrió un resquicio y dijo á Martín:

—Anda, pasa.

Se deslizó Martín y luego ella.

—¿Cuándo me darás las cerezas?— preguntó la chica.

—Cuando esto se concluya iré á buscarlas.

Martín se colocó entre el público. El espectáculo que ofrecía el domador de fieras era realmente repulsivo.

Alrededor del circo, atados á los pies de un banco hecho con tablas, había diez ó doce perros flacos y sarnosos. El domador hizo restallar el látigo y todos los perros á una comenzaron á ladrar y á aullar furiosamente. Luego el hombre vino con un oso atado á una cadena, con la cabeza protegida por una cubierta de cuero.

El domador obligó á ponerse de pie varias veces al oso, y á bailar con el palo cruzado sobre los hombros y á

tocar la pandereta. Luego soltó un perro que se lanzó sobre el oso y después de un momento de lucha se le colgó de la piel. Tras de éste soltó otro perro y luego otro y otro, con lo cual el público se comenzó á cansar.

A Martín no le pareció bien porque el pobre oso estaba sin defensa alguna. Los perros se echaban con tal furia sobre el oso que para obligarles á soltar la presa el domador ó el viejo tenían que morderles la cola.

A Martín no le agradó el espectáculo y dijo en voz alta, y algunos fueron de su opinión, que el oso atado no podía defenderse.

Después todavía martirizaron más á la pobre bestia. El domador era un verdadero canalla y pegaba al animal en los dedos de las patas, y el oso babeaba y gemía con unos gemidos ahogados.

—¡Basta! ¡Basta!—gritó un indiano que había estado en California.

—Porque tiene el oso atado hace eso—dijo Martín—sino no lo haría.

El domador se fijó en el muchacho y le lanzó una mirada de odio.

Lo que siguió fué más agradable; la mujer del domador, vestida con un traje de lentejuelas entró en la jaula del león, jugó con él, le hizo saltar y ponerse de pie, y después Linda dió dos ó tres volatines y vino con un monillo vestido de

rojo á quien obligó á hacer ejercicios acrobáticos.

El espectáculo concluía. La gente se disponía á salir. Martín vió que el domador le miraba. Sin duda se había fijado en él. Martín se adelantó á salir y el domador le dijo:

—Espera, tú no has pagado. Ahora nos veremos. Te voy á echar los perros como al oso.

Martín retrocedió espantado; el domador le contemplaba con una sonrisa feroz. Martín recordó el sitio por donde entró y empujando violentamente la lona la abrió y salió fuera de la barraca. El domador quedó chasqueado. Dió después Martín la vuelta al prado de Santa Ana, hasta detenerse prudentemente á quince ó veinte metros de la entrada del circo.

Al ver á Linda le dijo:

—¿Quieres venir?

—No puedo.

—Pues ahora te traeré las cerezas.

En el momento en que hablaban apareció corriendo el domador, pensó sin duda en abalanzarse sobre Martín, pero comprendiendo que no le alcanzaría se vengó en la niña y le dió una bofetada brutal. La chiquilla cayó al suelo. Unas mujeres se interpusieron é impidieron al domador siguiera pegando á la pobre Linda.

—Tó le has metido dentro, ¿verdad? —gritó el domador en francés.

—No; ha sido él que ha entrado.

—Mentira. Has sido tú. Confiesa ó te deslomo.

—Sí, he sido yo.

—¿Y por qué?

—Porque me ha dicho que me traería cerezas.

—Ah, bueno—y el domador se tranquilizó—que las traiga, pero si te las comes te hartaré de palos. Ya lo sabes.

Martín, al poco rato, volvió con la boina llena de cerezas. La Linda las puso en su delantal y estaba con ellas cuando se presentó el domador de nuevo. Martín se apartó dando un salto hacia atrás.

—No, no te escapes—dijo el domador con una sonrisa que quería ser amable.

Martín se quedó. Luego el hombre le preguntó quien era, y al saber su parentesco con Tellagorri le dijo:

—Ven cuando quieras, te dejaré pasar.

Durante los demás días de la semana la barraca del domador estuvo vacía. El domingo, los saltimbanquis, hicieron dar un bando por el pregonero diciendo que representarían un número extraordinario é interesantísimo.

Martín se lo dijo á su madre y á su hermana. La chica se asustaba al escuchar el relato de la fieras y no quiso ir.

Acudieron solo la madre y el hijo. El número sensacional era la lucha de la Linda con el oso. La chiquilla se presentó desnuda de medio cuerpo arriba y con unos pantaloncitos de percal rojo. Linda se abrazó al oso y hacía que luchaba con él, pero el domador tiraba á cada paso de una cuerda atada á la nariz del plantigrado.

A pesar de que la gente pensaba que no había peligro para la niña, producía una horrible impresión ver las grandes y peludas garras del animal sobre las espaldas débiles de la niña.

Después del número sensacional que no entusiasmó al público, entró la mujer en la jaula del león. La fiera debía estar enferma porque la domadora no halló medio de que hiciese los ejercicios de costumbre.

Viendo semejante fracaso el domador, poseído de una rabiosa furia, entró en la jaula, mandó salir á la mujer y empezó á latigazos con el león. Este se levantó enseñando los dientes y lanzando un rugido se echó sobre el domador; el viejo ayudante metió, por entre los barrotes de la jaula, una palanca de hierro para aislar el hombre de la fiera, pero con tan poca fortuna que la palanca se enganchó en las ropas del domador y en vez de protegerle le inmovilizó y le dejó entregado á la fiera.

El público vió al domador echando sangre, y se levantó despavorido y se dispuso á huir.

No había peligro para los espectadores, pero un pánico absurdo hizo que todos se lanzasen atropelladamente á la salida; alguien que luego no se supo quien fué disparó un tiro contra el león, y en aquel momento insensato de fuga resultaron magullados y contusos varias mujeres y niños.

El domador quedó también gravemente herido.

Dos mujeres fueron recogidas con contusiones de importancia, una de ellas una vieja de un caserío lejano que hacía diez años que no había estado en Urbia, la otra la madre de Martín que además de las magulladoras y golpes presentaba una herida en el cuello, ocasionada, según dijo el médico, por un trozo de hierro del barrote de la jaula, desprendido al choque de la bala disparada por una persona desconocida.

Se trasladó á la madre de Martín á su casa y fuera que las contusiones y la herida tuviesen gravedad, fuera como dijeron algunos que no estuviese convenientemente atendida, el caso fué que la pobre mujer murió á la semana del accidente de la barraca, dejando huérfanos á Martín y á la Ignacia.



CAPÍTULO VII

CÓMO TELLAGORRI SUPO PROTEGER Á LOS SUYOS

A la muerte de la madre de Martín, Tellagorri, con gran asombro del pueblo, recogió á sus sobrinos y se los llevó á su casa. La señora de Ohando dijo que era una lástima que aquellos niños fuesen á vivir con un hombre desalmado, sin religión y sin costumbres, capaz de decir que saludaba con más respeto á un perro de aguas que al señor párroco.

La buena señora se lamentó, pero no hizo nada y Tellagorri se encargó de cuidar y de alimentar á los huérfanos.

La Ignacia entró en la posada de Arcale de niñera y hasta los catorce años trabajó allí.

Martín frecuentó la escuela durante algunos meses, pero le tuvo que sacar Tellagorri antes del año porque se pegaba con todos los chicos y hasta quiso zurrar al pasante.

Arcale que sabía que el muchacho era listo y de genio vivo, le utilizó para recadista en el coche de Francia, y cuando aprendió á guiar, de recadista le ascendieron á cochero interino y al cabo de un año le pasaron á cochero en propiedad.

Martín, á los diez y seis años, ganaba su vida y estaba en sus glorias. Se jactaba de ser un poco bárbaro y vestía un tanto majo, con la elegancia garbosa de los antiguos postillones. Llevaba chalecos de color y en la cadena del reloj colgantes de plata. Le gustaba lucirse los domingos en el pueblo, pero no le gustaba menos los días de labor marchar en el pescante por la carretera restallando el látigo, entrar en las ventas del camino, contar y oír historias y llevar encargos.

La señora de Ohando y Catalina, se los hacían con mucha frecuencia y le recomendaban que les trajese de Francia telas, puntillas y algunas veces alhajas.

—¿Qué tal, Martín?—le decía Catalina en vascuence.

—Bien—contestaba él rudamente, haciéndose más el hombre.—¿Y en vuestra casa?

—Todos buenos. Cuando vayas á Francia tienes que comprarme una puntilla como la otra. ¿Sabes?

—Sí, sí, ya te compraré.

—¿Ya sabes francés?

—Ahora empiezo á hablar.

Martín se estaba haciendo un hombre, alto, fuerte, decidido. Abusaba un poco de su fuerza y de su valor, pero nunca atacaba á los débiles. Se distinguía también como jugador de pelota y era uno de los primeros en el trinquete.

Un invierno hizo Martín una hazaña de la que se habló en el pueblo. La carretera estaba intransitable por la nieve y no pasaba el coche. Zalacaín fué á Francia y volvió á pie, por la parte de Navarra, con un vecino de Larrau. Pasaron los dos por el bosque de Iraty y les acometieron unos cuantos jabalíes.

Ninguno de los hombres llevaba armas, pero á garrotazos mataron tres de aquellos furiosos animales, Zalacaín dos y el de Larrau otro.

Cuando Martín volvió triunfante, muerto de fatiga y con sus dos jabalíes, el pueblo entero le consideró como un héroe.

Tellagorri también fué muy felicitado por tener un sobrino de tanto valor y audacia. El viejo muy contento, aunque haciéndose el indiferente decía:

—Este sobrino mío va á dar mucho

que hablar. De casta le viene al galgo. Porque yo no sé si vosotros habréis oído hablar de López de Zalacaín. ¿No? Pues preguntadle á ese viejo Soraberri, ya veréis lo que os cuenta...

—¿Y qué tiene que ver ese López con tu sobrino?—le replicaban.

—Pues que es antepasado de Martín. No comprendéis nada.

Tellagorri pagó caro el triunfo obtenido por su sobrino en la caza de los jabalíes, porque de tanto beber se puso enfermo.

La Ignacia y Martín, por consejo del médico, obligaron al viejo á que suprimiese toda bebida, fuese vino ó licor, pero Tellagorri, con tal procedimiento de abstinencia, languidecía y se iba poniendo triste.

—Sin vino y sin *patharra* soy hombre muerto—decía Tellagorri—y viendo que el médico no se convencía de esta verdad, hizo que llamaran á otro más joven.

Este le dió la razón al borracho y no solo le recomendó que bebiera todos los días un poco de aguardiente, sino que le recetó una medicina hecha con ron. La Ignacia tuvo que guardar la botella del medicamento para que el enfermo no se la bebiera de un trago. A medida que entraba el alcohol en el cuerpo de Tellagorri, el viejo se erguía y se animaba.

A la semana de tratamiento se encontraba tan bien que comenzó á levantarse y á ir á la posada de Arcale, pero se creyó en el caso de hacer locuras á pesar de sus años y anduvo de noche entre la nieve y cogió una pleuresía.

—De esta no sale Vd.—le dijo el médico incomodado al ver que había faltado á sus prescripciones.

Tellagorri lo comprendió así y se puso serio, hizo una confesión rápida, arregló sus cosas y llamando á Martín le dijo en vascuence:

—Martín, hijo mío, yo me voy. No llores. Por mí lo mismo me dá. Eres fuerte y valiente y eres buen chico. No abandones á tu hermana, ten cuidado con ella. Por ahora lo mejor que puedes hacer es llevarla á casa de Ohando. Es un poco coqueta, pero Catalina la tomará. No le olvides tampoco á Marquesch; es viejo, pero ha cumplido.

—No, no le olvidaré—dijo Martín sollozando.

—Ahora — prosiguió Tellagorri — te voy á decir una cosa y es que antes de poco habrá guerra. Tú eres valiente, Martín, tú no tendrás miedo de las balas. Vete á la guerra, pero no vayas de soldado. Ni con los blancos, ni con los negros. ¡Al comercio, Martín! ¡Al comercio! Venderás á los liberales y á los carlistas, harás tu pacotilla y te casarás

con la chica de Ohando. Si tenéis un chico llamadle como yo, Miguel, ó José Miguel.

—Bueno—dijo Martín, sin fijarse en lo extravagante de la recomendación.

—Dile á Arcale—siguió diciendo el viejo—donde tengo el tabaco y las setas. Ahora acércate más. Cuando yo me muera registra mi jergón y encontrarás en esta punta de la izquierda un calcetín con unas monedas de oro. Ya te he dicho, no quiero que las emplees en tierras sino en géneros de comercio.

—Así lo haré.

—Creo que te lo he dicho todo. Ahora dame la mano. ¿Firmes, eh?

—Firmes.

El pobre Tellagorri se olvidó de decir *Firmes*, como hubiera dicho estando sano.

—A esa sosa de la Ignacia—añadió poco después el viejo—le puedes dar lo que te parezca cuando se case.

A todo dijo Martín que sí. Luego acompañó al viejo, contestando á sus preguntas, algunas muy extrañas, y por la madrugada dejó de vivir Miguel de Tellagorri, hombre de mala fama y de buen corazón.



CAPÍTULO VIII

CÓMO AUMENTÓ EL ODIOS ENTRE MARTÍN
ZALACAÍN Y CARLOS OHANDO

UANDO murió Tellagorri, Catalina de Ohando, ya una señorita, habló á su madre para que recogiera á la Ignacia, la hermana de Martín. Era ésta, según se decía, un poco coqueta y estaba acostumbrada á los piropos de la gente de casa de Arcale.

La suposición de que la muchacha, siguiendo en la taberna, pudiese echarse á perder, influyó en la señora de Ohando para llevarla á su casa de doncella. Pensaba sermonearla hasta quitarla todos los malos resabios y dirigirla por la senda de la más estrecha virtud.

Con el motivo de ver á su hermana, Martín fué varias veces á casa de Ohando y habló con Catalina y doña Agueda.

Catalina seguía hablándole de tú y doña Agueda manifestaba por él afecto y simpatía, expresados en un sin fin de advertencias y de consejos.

El verano se presentó Carlos Ohando que venía de vacaciones del colegio de Oñate.

Pronto notó Martín que con la ausencia el odio que le profesaba Carlos más había aumentado que disminuído. Al comprobar este sentimiento de hostilidad, dejó de presentarse en casa de Ohando.

—No vas ahora á vernos—le dijo, alguna vez que le encontró en la calle, Catalina.

—No voy porque tu hermano me odia—contestó claramente Martín.

—No, no lo creas.

—¡Bah! Yo se lo que me digo.

El odio existía. Se manifestó primeramente en el juego de pelota.

Tenía Martín un rival en un chico navarro, de la Ribera del Ebro, hijo de un carabinero.

A este rival le llamaban el Cacho, porque era zurdo.

Carlos de Ohando y algunos discípulos suyos, carlistas que se las echaban de aristócratas, comenzaron á proteger al Cacho y á excitarlo y á lanzarlo contra Martín.

El Cacho tenía un juego furioso de

hombre pequeño é iracundo; el juego de Martín, tranquilo y reposado, era del que está seguro de sí mismo. El Cacho, si comenzaba á ganar, se exaltaba, llevaba el partido al vuelo; en cambio, desanimado, no tiraba una pelota que no fuese falta.

Eran dos tipos, Zalacaín y el Cacho, completamente distintos; el uno, la serenidad y la inteligencia del montañés, el otro, el furor y el brío del ribereño.

Semejante rivalidad explotada por Ohando y los señoritos de su cuerda, terminó en un partido que propusieron los amigos del Cacho. El desafío se concertó así; el Cacho é Isquiña, un jugador viejo de Urbia, contra Zalacaín y el compañero que este quisiera tomar. El partido sería á cesta y á diez juegos.

Martín eligió como zaguero á un muchacho vasco francés que estaba de oficial en la panadería de Archipi y que se llamaba Bautista Urbide.

Bautista era delgado, pero fuerte, sereno y muy dueño de sí mismo.

Se apostó mucho dinero por ambas partes. Casi todo el elemento popular y liberal estaba por Zalacaín y Urbide; los señoritos, el sacristán y la gente carlista de los caseríos por el Cacho.

El partido constituyó un acontecimiento en Urbia; el pueblo entero y mucha gente de los alrededores se diri-

gió al juego de pelota á presenciar el espectáculo.

La lucha principal iba á ser entre los dos delanteros, entre Zalacaín y el Cacho. El Cacho ponía de su parte su nerviosidad, su furia, su violencia en echar la pelota baja y arrinconada; Zalacaín se fiaba en su serenidad, en su buena vista y en la fuerza de su brazo que le permitía coger la pelota y lanzarla á lo lejos.

La montaña iba á pelear contra la llanura.

Comenzó el partido en medio de una gran expectación; los primeros juegos fueron llevados á la carrera por el Cacho que tiraba las pelotas como balas unas líneas solamente por encima de la raya, de tal modo que era imposible recogerlas.

A cada jugada maestra del navarro los señoritos y los carlistas aplaudían entusiasmados, Zalacaín sonreía y Bautista le miraba con cierto mal disimulado pánico.

Iban cuatro juegos por nada, y ya parecía el triunfo del navarro casi seguro cuando la suerte cambió y comenzaron á ganar Zalacaín y su compañero.

Al principio el Cacho se defendía bien y remataba el juego con golpes furiosos, pero luego, como si hubiese perdido el tono, comenzó á hacer faltas con una

frecuencia lamentable y el partido se igualó.

Desde entonces se vió que el Cacho é Isquiña perdían el juego. Estaban desmoralizados. El Cacho se tiraba contra la pelota con ira, hacía una falta y se indignaba; pegaba con la cesta en la tierra enfurecido y echaba la culpa de todo á su zaguero.

Zalacaín y el vasco francés, dueños de la situación, guardaban una serenidad completa, corrían elásticamente y reían.

— Ahí Bautista — decía Zalacaín. — ¡Bien!

— Corre Martín — gritaba Bautista. — ¡Eso es!

El juego terminó con el triunfo completo de Zalacaín y de Urbide.

— ¡Viva gutarrac! (¡Vivan los nuestros!) — gritaron los de la *calle* de Urbide aplaudiendo torpemente.

Catalina sonrió á Martín y le felicitó varias veces.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien!
— Hemos hecho lo que hemos podido — contestó él sonriente.

Carlos Ohando se acercó á Martín y le dijo con mal ceño:

— El Cacho te juega mano á mano.
— Estoy cansado — contestó Zalacaín.
— ¿No quieres jugar?
— No. Juega tú si quieres.

Carlos que había comprobado una vez

más la simpatía de su hermana por Martín, sintió avivarse su odio.

Había venido aquella vez Carlos Ohando de Oñate más sombrío, más fanático y más violento que nunca.

Martín sabía el odio del hermano de Catalina y, cuando lo encontraba por casualidad huía de él, lo cual á Carlos le producía más ira y más furor.

Martín estaba preocupado, buscando la manera de seguir los consejos de Tellagorri y de dedicarse al comercio; había dejado su oficio de cochero y entrado con Arcale en algunos negocios de contrabando.

Un día, una vieja criada de casa de Ohando chismosa y murmuradora, fué á buscarle y le contó que la Ignacia, su hermana, coqueteaba con Carlos, el señorito de Ohando.

Si doña Agueda lo notaba iba á despedir á la Ignacia, con lo cual el escándalo dejaría á la muchacha en una mala situación.

Martín, al saberlo, sintió deseos de presentarse á Carlos y de insultarle y desafiarle. Luego pensando que lo esencial era evitar las murmuraciones ideó varias cosas, hasta que al último le pareció lo mejor ir á ver á su amigo Bautista Urbide.

Había visto al vasco francés muchas veces bailando con la Ignacia y

creía que tenía alguna inclinación por ella.

El mismo día que le dieron la noticia se presentó en la tahona de Archipi en donde Urbide trabajaba. Lo encontró al vasco francés desnudo de medio cuerpo arriba en la boca del horno.

—Oye, Bautista—le dijo.

—¿Qué pasa?

—Te tengo que hablar.

—Te escucho—dijo el francés mientras maniobraba con la pala.

—¿A tí te gusta, la *ññasi*, mi hermana?

—¡Hombre!... sí. ¡Qué pregunta!—exclamó Bautista.—¿Para eso vienes á verme?

—¿Te casarías con ella?

—Si tuviera dinero para establecerme ya lo creo.

—¿Cuánto necesitarías?

—Unos ochenta ó cien duros.

—Yo te los doy.

—¿Y por qué es esa prisa? ¿Le pasa algo á la Ignacia?

—No, pero he sabido que Carlos Ohando la está haciendo el amor. ¡Y como la tiene en su casa!...

—Nada, nada. Háblale tú y si ella quiere, ya está. Nos casamos en seguida.

Se despidieron Bautista y Martín, y éste, al día siguiente, llamó á su hermana y le reprochó su coquetería y su estupidéz. La Ignacia negó los rumores que

habían llegado hasta su hermano, pero al último confesó que Carlos la pretendía, pero con buen fin.

—¡Con buen fin!—exclamó Zalacaín.— Pero tú eres idiota, criatura.

—¿Por qué?

—Porque te quiere engañar, nada más.

—Me ha dicho que se casará conmigo.

—¿Y tú le has creído?

—¡Yo! Le he dicho que espere y que te preguntaré á tí, pero él me ha contestado que no quiere que te diga á tí nada.

—Claro. Porque yo echaría abajo sus planes. Te quiere engañar, y quiere deshonorarnos, y que el pueblo entero nos desprecie porque me odia á mí. Yo no te digo más que una cosa, que si pasa algo entre ese sacristán y tú, te despegue á tí y á él, y le pego fuego á la casa, aunque me lleven á presidio para toda la vida.

La Ignacia se echó á llorar, pero cuando Martín le dijo que Bautista se quería casar con ella y que tenía dinero, se secaron pronto sus lágrimas.

—¿Bautista quiere casarse?—preguntó la Ignacia asombrada.

—Sí.

—¡Pero si no tiene dinero!

—Pues ahora lo ha encontrado.

La idea del casamiento con Bautista, no sólo consoló á la muchacha, sino que pareció ofrecerle un halagador porvenir.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Salir de la casa?—preguntó la Ignacia, secándose las lágrimas y sonriendo.

—No, por de pronto sigue ahí, es lo mejor, y dentro de unos días Bautista irá á ver á doña Agueda y á decirle que se casa contigo.

Se hizo lo acordado por los dos hermanos. En los días siguientes, Carlos Ohando vió que su conquista no seguía adelante y el domingo, en la plaza, pudo comprobar que la Ignacia se inclinaba definitivamente del lado de Bautista. Bailaron la muchacha y el panadero toda la tarde con gran entusiasmo.

Carlos esperó á que la Ignacia se encontrara sola y la insultó, y la echó en cara su coquetería y su falsedad. La muchacha, que no tenía gran inclinación por Carlos, al verle tan violento cobró por él desvío y miedo.

Poco después Bautista Urbide se presentó en casa de Ohando, habló á doña Agueda, se celebró la boda y Bautista y la Ignacia fueron á vivir á Zaro, un pueblecillo del país vasco francés.



CAPÍTULO IX

CÓMO INTENTÓ VENGARSE CARLOS,
DE MARTÍN ZALACAÍN

CARLOS OHANDO enfermó de cólera y de rabia. Su naturaleza violenta y orgullosa no podía soportar la humillación de ser vencido; sólo el pensarlo le mortificaba y le corroía el alma.

Al intentar seducir Carlos á la Ignacia, casi podía más en él su odio contra Martín que su inclinación por la chica. Dishonrarle á ella y hacerle á él la vida triste, era lo que le encantaba. En el fondo, el aplomo de Zalacaín, su contento por vivir, su facilidad para desenvolverse ofendían á este hombre sombrío y fanático.

Además en Carlos la idea de orden,

de categoría, de subordinación, era esencial, fundamental, y Martín intentaba marchar por la vida sin cuidarse gran cosa de las clasificaciones y de las categorías sociales.

Esta audacia ofendía profundamente á Carlos y hubiese querido humillarle para siempre, hacerle reconocer su inferioridad. Por otra parte el fracaso de su tentativa de seducción le hizo más malhumorado y sombrío.

Una noche, aun no convaleciente de su enfermedad producida por el despecho y la cólera, se levantó de la cama en donde no podía dormir y bajó al comedor.

Abrió una ventana y se asomó á ella. El cielo estaba sereno y puro. La luna blanqueaba las copas de los manzanos cubiertos por la nieve de sus menudas flores. Los melocotoneros extendían á lo largo de las paredes sus ramas abiertas en abanico llenas de capullos.

Carlos respiraba el aire tibio de la noche cuando oyó un cuchicheo y prestó atención.

Estaba hablando su hermana Catalina desde la ventana de su cuarto con alguien que se encontraba en la huerta. Cuando Carlos comprendió que era con Martín con quien hablaba, sintió un dolor agudísimo y una impresión sofocante de ira.

Siempre se había de encontrar enfrente de Martín. Parecía que el destino de los dos era estorbarse y chocar el uno contra el otro.

Martín contaba bromeando á Catalina la boda de Bautista y de la Ignacia en Zaro, el banquete celebrado en casa del padre del vasco francés, el discurso del alcalde del pueblecillo...

Carlos desfallecía de cólera. Martín le había impedido conquistar á la Ignacia y deshonoraba, además á los Obandos siendo el novio de su hermana, hablando con ella de noche. Sobre todo lo que más hería á Carlos aunque no lo quisiera reconocer, lo que más le mortificaba en el fondo de su alma era la superioridad de Martín que iba y venía sin reconocer categorías, aspirando á todo y conquistándolo todo.

Aquel granuja de la calle era capaz de subir, de prosperar, de hacerse rico, de casarse con su hermana y de considerar todo esto lógico, natural... Era una desesperación.

Carlos hubiera gozado conquistando á la Ignacia, abandonándola luego, paseándose desdeñosamente por delante de Martín; y Martín le ganaba la partida sacando á la Ignacia de su alcance y enamorando á su hermana.

¡Un vagabundo, un ladrón, se la había jugado á él, á un hidalgo rico heredero

de una casa solariega! Y lo que era peor, ¡esto no sería más que el principio, el comienzo de su carrera espléndida!

Carlos, mortificado por sus pensamientos, no prestó atención á lo que hablaban, luego oyó un beso y poco después las ramas de un árbol que se movían.

Tras de esto se vió bajar un hombre por el tronco de un árbol se vió que cruzaba la huerta, montaba sobre la tapia y desaparecía.

Se cerró la ventana del cuarto de Catalina y en el mismo momento Carlos se llevó la mano á la frente y pensó con rabia en la magnífica ocasión perdida. ¡Qué soberbio instante para concluir con aquel hombre que le estorbaba!

¡Un tiro á boca de jarro! Y ya aquella mala hierba no crecería más; no ambicionaría más, no intentaría salir de su clase. Si lo mataba todo el mundo consideraría el suyo un caso de legítima defensa contra un salteador, contra un ladrón.

Al día siguiente, Carlos buscó una escopeta de dos cañones de su padre, la encontró, la limpió á escondidas y la cargó con perdigones loberos. Estuvo vacilando en poner cartuchos con bala, pero como era difícil hacer pun-

tería de noche optó por los perdigones gruesos.

Ni en aquella noche, ni en la siguiente se presentó Martín, pero cuatro días después Carlos lo sintió en la huerta. Todavía no había salido la luna y esto salvó al salteador enamorado. Carlos impaciente, al oír el ruido de las hojas, apuntó y disparó.

Al fogonazo vió á Martín en el tronco del árbol y volvió á disparar.

Se oyó un chillido agudo de mujer y el golpe de un cuerpo en el suelo.

La madre de Carlos y las criadas alarmadas salieron de sus cuartos gritando, preguntando lo que era. Catalina, pálida como una muerta, no podía hablar de emoción.

Doña Agueda, Carlos y las criadas salieron al jardín. Debajo del árbol, en la tierra y sobre la hierba húmeda, se veían algunas gotas de sangre, pero Martín había huído.

—No tenga Vd. cuidado, señorita—le dijo á Catalina una de las criadas.—Martín ha podido escapar.

La señora de Ohando que se enteró de lo ocurrido, por su hijo; llamó en su auxilio al cura don Félix para que le aconsejara.

Se intentó hacer comprender á Catalina el absurdo de su propósito, pero la

muchacha era tenaz y estaba dispuesta á no ceder.

—Martín ha venido á darme noticias de la Ignacia, y como sabe que no le quieren en la casa por eso ha saltado la tapia.

Cuando Carlos supo que Martín estaba solamente herido en un brazo y que se paseaba vendado por el pueblo siendo el héroe, se sintió furioso, pero por si acaso, no se atrevió á salir á la calle.

Con el atentado la hostilidad entre Carlos y Catalina ya existente se acentuó de tal manera que doña Agueda para evitar agrias disputas envió de nuevo á Carlos á Oñate y ella se dedicó á vigilar á su hija.

LIBRO SEGUNDO

Andanzas y correrías